

50

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA  
Biblioteca



80001656846

# UNA OPINION

sobre la muerte

## DE DON CARLOS DE AUSTRIA.

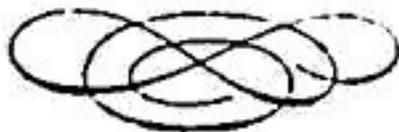
príncipe de Asturias, primogénito del rey Felipe II.

causas que la motivaron, y retrato de algunos personajes de la córto de este rey y de él mismo.

POR

D. BASILIO SEBASTIAN CASTELLANOS DE LOSADA,

autor de varias obras literarias, etc. etc. etc.



MADRID :

IMPRENTA DE SANCHEZ, CALLE DE JUAN DINES, 56.

1847.



Atta Bib<sup>ca</sup> de la Universidad de Valencia.

El Autor

II

10.6.27.  
19.5.16

R. 5361



## DON CÁRLOS DE AUSTRIA.



*Una opinion sobre la muerte del primogénito de Felipe II, causas que la motivaron, y retrato de algunos personajes de la corte de este rey y de él mismo.*

Entre los muchos pasos oscuros que á cada momento se hallan en nuestra moderna historia nacional, debe contarse el de la muerte de don Carlos de Austria, hijo primogénito de Felipe II. Tambien lo es mucha parte de la misma historia de Felipe II, pues la pasion de los escritores y sus encontradas opiniones, ya en pro de sus virtudes, ya en contra, han hecho que la verdad se oculte mas de lo que debiera en una época tan cercana de la nuestra. Algunos escritores juzgan á Felipe II un hombre virtuoso, justiciero, político y sagaz, amante de su pueblo, y cariñoso con su familia, y otros por el contrario, negándole estas dotes, le retratan lleno de vicios, particularmente lujurioso, caprichoso, político con ratería, fanático, déspota, insufrible, y verdugo de su familia; yo en mi pobre opinion, me adhiero mas al segundo parecer que al primero, porque he notado ser la de los hombres mas ilustrados que sobre este soberano han escrito, y creo que el deseo de Felipe II de hacer una monarquía universal, fué el principio que dirigió todas sus acciones y que creyendo, cual otro Mahoma en la suya, que la Religion Cristiana era el medio mas á propósito, en su

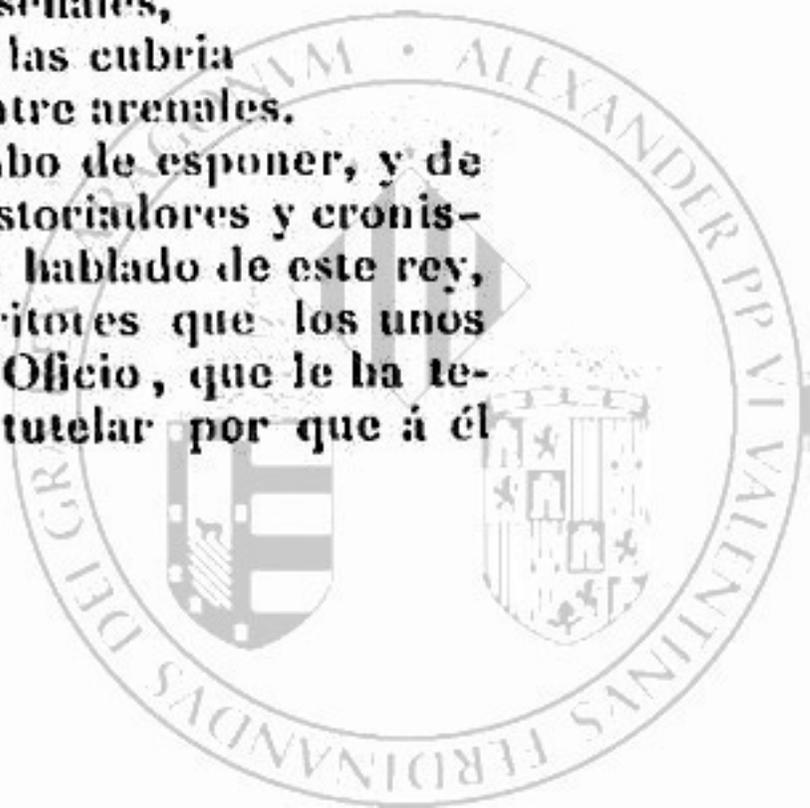


y al azote de los verdugos que le rodeaban, si bien no tienen comparacion con los estragos que hizo su favorito el señor duque de Alba en los Países Bajos, el cual encendió una hoguera que fomentada por su infame consejero Vargas, presidente del mismo *tribunal de los Revueltos*, no se apagó hasta que la suerte de las armas fué mas feliz á aquellos desgraciados.

Si así trata á Felipe II Watson, no le pinta menos altivo, feroz, é hipócrita, el patriarca español del parnaso de este siglo, el célebre y respetable *don Manuel José Quintana*, el cual en su magnífica composición poética titulada *El Panteon del Escorial*, impresa á la página 200 del tomo 1.º de sus obras, dice con relacion á él:

¿Quién sois? iba á decir; cuando á otra parte  
alzarse ví una sombra, cuyo aspecto  
de odio á un tiempo y horror me estremecía.  
El insaciable y velador cuidado,  
la sospecha alevosa, el negro encono  
de aquella frente pálida y odiosa  
hicieron siempre abominable el trono.  
La aleve hipocresía,  
en sed de sangre y de dominio ardiendo  
en sus ojos de víbora lucía:  
El rostro enjuto y miseras facciones  
de su caracter vil eran señales,  
y blanca y pobre barba las cubría  
cual yerba ponzoñosa entre arenales.

Apesar de lo que acabo de esponer, y de lo que han dicho los historiadores y cronistas mas ilustres que han hablado de este rey, ha tenido algunos escritores que los unos por adulacion al Santo Oficio, que le ha tenido como á su idolo tutelar por que á él



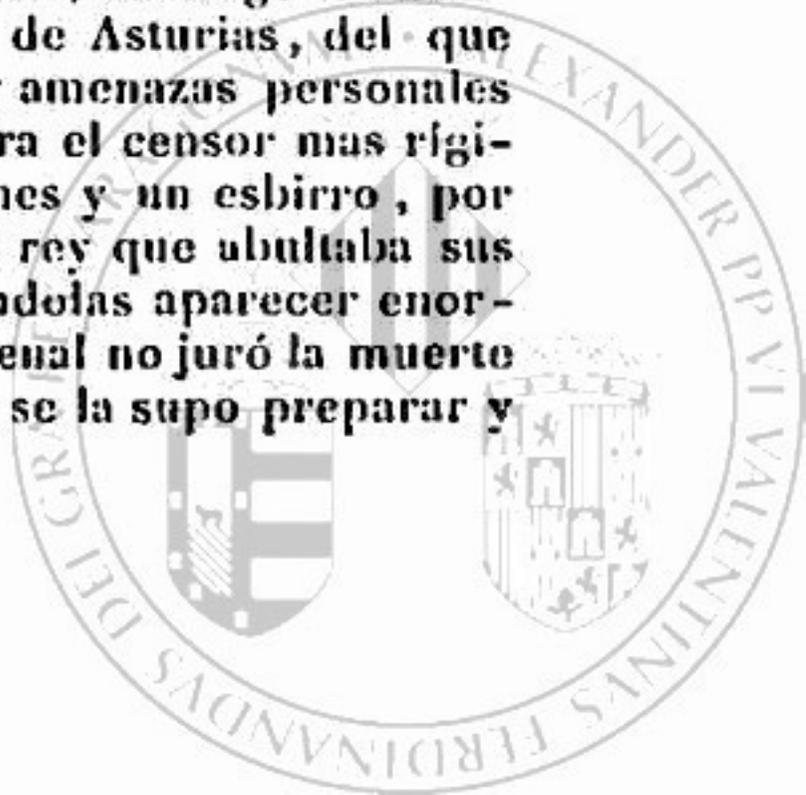
debió su mayor poder, y los otros porque les tuviese embargado el fanatismo religioso; porque su caracter se asemejase al del rey tostador, ó porque se vieran obligados, por temor de consecuencias desagradables, á hablar contra la razon y sus convicciones, han contribuido con mas ó menos intención á adulterar esta época de la historia, que yo quisiera se borrara si fuera posible; por que si hay en ella mucha riqueza material para España, hay mucha mas ignominia y baldon suficiente para ocultar aquella.

Me ha estrañado sobre manera un artículo sobre Felipe II escrito en el número primero del Iris periódico literario que se publicó en esta corte, hace algunos años, en el que con la maestria que caracteriza al jóven literato, á quien aprecio y venero, don Salvador Bermudez de Castro, le defiende con calor presentando al rey Felipe por el lado favorable y ocultando el reverso. No creo de modo alguno que sea otra la opinion de tan distinguido escritor (hoy nuestro embajador en Méjico), que el hacer gala de su maestria en escribir contra las sentadas opiniones de muchos sabios acreditados, pues de su ilustracion no puede dudarse haya conocido el retrato de un hombre cuyas facciones fueron marcadas con hechos tan notables, que se han fijado en la historia con indelebles y eternos colores. Por lo tanto creo yo que el señor Bermudez de Castro habrá querido buscar una polémica en la que se discuta y aclare este interesante punto de nuestra historia, y en este caso es digna su intencion de toda alabanza, y la idea de tan bien organizada cabeza.



Los individuos que componian la corte del rey Felipe, participaban de su carácter é inclinaciones, recibiendo sus inspiraciones asi como los cuerpos celestes luminares, reciben la luz del sol á quien rodean. Sin contar otros satélites menos poderosos, y por consiguiente mas lejanos de su privanza, lucian en primer término, á fuer de planetas de primer orden, los famosos cardenal Espinosa inquisidor general, el duque de Alba, don Rui-Gomez de Silva ayo del príncipe don Carlos, y don Juan de Austria hermano bastardo del rey, y el mejor de todos, siendo la luna de esta manchada esfera la célebre princesa de Eboli, muger del de Silva, que envidiosa de su señora la hermosa reina Isabel, procuró y consiguió eclipsarla con sus inicuos amaños é intrigas. Entre astros tan ardientes, dos victimas y un verdugo se veian en la parte mas oscura del cuadro, el uno era el heredero de dos mundos, la otra la reina de Castilla y el tercero el sanguinario Santo Oficio.

El cardenal Espinosa, gefe de la inquisicion era uno de aquellos hombres apegados á sus privilegios, iracundo y rencoroso como su rey y empeñado en hacer que el sangriento tribunal que presidia, fuese el poder dominante en España; enemigo irreconciliable del príncipe de Asturias, del que habia sufrido insultos y amenazas personales en varias ocasiones, era el censor mas rígido de todas sus acciones y un esbirro, por decirlo así, al lado del rey que abultaba sus menores faltas, haciéndolas aparecer enormes delitos. Si el cardenal no juró la muerte del príncipe, al menos se la supo preparar y



dió su voto para que se llevase á efecto. Fué tan conocida aun del pueblo su adersion al heredero de la corona, que lo declaró á voces el dia del entierro, viendo que á pretexto de un dolor de cabeza se retiró del cortejo fúnebre que le conducia al monasterio de santo Domingo el Real, pues se dijo: «*que el cardenal no podia sufrir la vista del principe ni aun despues de muerto.*»

La ferocidad del duque de Alba es proverbial, y á no haber ido el mismo Felipe II á los Países Bajos, no pudiera haber mandado otro hombre de un temple y alma mas parecida á la suya. «La pluma se cae de las manos, dice Watson al referir los ejemplos sin número de las crueldades del duque de Alba y sus satélites... Inspiro el duque su barbarie á los magistrados subalternos, que conocian muy bien que el mejor medio de complacer al rey y á su ministro era mostrarse implacables.» Mil hogueras se encendieron en cuanto llegó el déspota á aquellos desgraciados países, de los que huyeron en el acto mas de diez mil familias, y en ellas se quemaba á centenares á los que se sospechaba partidarios de la nueva doctrina de protestantismo, ó fuesen los reformados. Un terrible tribunal que instituyó con el nombre de «*Consejo de los Revueltos*» y al que los flamencos denominaron, con razon, «*Consejo de Sangre*» juzgaba á los reformados y á los que se creia enemigos; sentenciaba á los reos á los tormentos mas atroces, y despues de descuartizarlos en la plaza pública, los hacia quemar: otras veces prolongaba su tormento en fuego lento aplicando á la víctima los ver-



encelar al rey de la reina haciendo ver en la compasion que demostraba por las desgracias del infortunado don Cárlos, un amor criminal. Lo que si consta es que Felipe II la hizo vigia de su muger á disgusto de esta, y que despues de su muerte, fué como acabamos de decir la favorita de su soberano.

Don Juan de Austria hijo natural de Cárlos V y criado por don Luis Quesada, fué en un principio querido de Felipe, si bien jamás tuvo su favor á igual altura que el duque de Alba, Espinosa y Silva; su alma fué grande como lo manifestó en la famosa batalla de Lepanto, en el levantamiento de los moriscos de Granada, y en todas sus acciones hizo ver siempre la heróica sangre de donde venia. Era generoso y caballero, y poseía muchas virtudes, pero las empañaba generalmente la ambicion y el orgullo, dotes que heredó de su padre. Apesar de los muchos servicios que hizo su espada y valeroso brazo por el rey su hermano, envidioso éste de sus glorias, procuró siempre atajarle los vuelos teniéndole en menos altura que la que debiera, á lo que no contribuian poco los consejeros del rey, que veian en su despejo y despreocupacion, un enemigo que podia desbaratar sus planes. En un principio el principe don Cárlos y él, estuvieron unidos en grande amistad, pero ó sea como quieren los historiadores franceses, que ambos estuviesen enamorados de la reina, ó por el genio violento del uno y orgulloso del otro, lo cierto es que se hicieron enemigos irreconciliables habiendo llegado una vez á las manos por haberle el principe echado en cara á don Juan su nacimiento. Sin em-

bargo no consta suficientemente, y los que lo han dicho lo han hecho debilmente, que don Juan tuviese la mas minima parte en la muerte del príncipe, al contrario, se ha dicho por algunos, y es de creer de lo que de su corazon se sabe, que pidió á Felipe II por él, y que al haber afeado en público su crueldad, debió el que el rey le mirase siempre con desconfianza, si bien otros lo atribuyen á las intrigas de la princesa de Eboli.

Como no ha entrado en mi plan hablar del célebre secretario Antonio Perez, de Spinola ni de otros magnates de aquel famoso reinado, se me permitirá calle por ahora cuanto sé y opino sobre ellos, y pase á los dos principales personajes de que me he propuesto hablar, que son el príncipe don Carlos y la reina Isabel de Valois titulada de la Paz, por la que resultó de su matrimonio con el rey. Nació el príncipe don Carlos en 1554 por su desgracia, trayéndola consigo para su madre la reina Maria de Portugal, que falleció de resultas de haberle dado á luz, como si avisada por el cielo de las desdichas que habian de suceder á aquel pedazo de sus entrañas, huyera de la escena de sangre y de crueldad que se preparaba, y de la victima que ella misma naturalmente habia producido.

La soberbia y orgullo del padre, se retrató en el hijo desde su nacimiento, y unido á su natural cólerico y feroz, un golpe que llevó en la cabeza, en Alcalá de Henares, segun algunos historiadores, del que inferen quedó su juicio algo trastornado, se puede juzgar que ciertamente su cabeza no hubiera sido la mas apropósito para regir las riendas



del estado, y que tal vez fué una felicidad para España la muerte de un príncipe indómito, feroz é ignorante que hubiese sido un tirano mas que la abrumase con su cetro de hierro: pero porque esto confesemos de buena fé, y así fuese realmente, no por eso justificaremos nunca la crueldad de un padre que desconoció los deberes de tal, y fué sordo por temor, ambicion ó fanatismo, á los clamores de la conciencia y al santo mandato de la naturaleza. Resuelto Cárlos V á retirarse á la soledad del claustro, y queriendo dejar á su hijo en paz con Enrique II rey de Francia, hizo una tregua por cinco años, tratándose por gage de ella, el matrimonio del príncipe de Asturias don Cárlos con Isabel de Valois, hija mayor del rey de Francia, á la que, aunque niña, la naturaleza la habia adelantado en todo á sus años. Por ambos prometidos se acogió con placer el contrato conociéndose solo por los retratos que mediaron; pero la aurora de aquella esperada felicidad se eclipsó ante el estampido del cañon que rompió la tregua indicada, á impulso del papa Paulo IV que incitó á ella á los príncipes de Lorena con el fin de librarse de la prision en que le tenia el duque de Alba, el cual hacia algun tiempo le bloqueaba en Roma. Despues de correr la sangre á mares en la Flandes, en cuya sangrienta lucha perdió la Francia; el duque de Saboya arregló una paz en la que por orden de Felipe II se trató en un capítulo su matrimonio con la bella Isabel, destinada antes para su hijo don Cárlos, y que quiso para sí por haber quedado viudo de Maria reina de Inglaterra su segunda muger. La

paz se aseguró por entonces, y la bella Isabel casó con el padre en vez del hijo para quien fué destinada antes. Concedemos á los que dicen que Felipe II se hallaba á la sazón sonreído por la naturaleza, que tenía una presencia magestuosa á la par que graciosa y espresiva, y que por el contrario su hijo carecía de todas estas gracias personales, razones por las que la reina debió enamorarse mas de una persona que á tales prendas la presentaba un trono, entonces el mas poderoso del mundo, que del hijo que inferior en personal, solo la ofrecía una esperanza lejana de grandeza: pero si concedemos esto, en parte, y no en el todo, conocemos demasiado á las mugeres para ignorar que si las primeras impresiones de un objeto se graban en su corazón, no hay nada que pueda borrarla por mas que se le pongan delante otros objetos mas bellos aunque aquel primero sea deforme. Nadie nos ha dicho que la reina Isabel cuando creyó ser esposa de don Carlos, no viese su retrato con amor, antes por el contrario hasta los mismos que mas han combatido su inclinacion al principe, han dicho que fué muy de su agrado y que deseaba esta union. Tampoco hay que olvidar que hace mucho para el amor la edad, y que por muy lozana que se presente la flor añeja, la frescura que la falta la hace perder la ambrosia dulce que embriaga y que interesa, por lo comun, mas á los sentidos que perciben sus agradables miasmas, que la sensacion que la imprimen los ojos. Que el principe amase á la que debiendo ser su muger tuvo que respetar como madre, parece que lo indica la razon natural,



Hoyo que hizo de secretario en este tribunal que presidió el mismo soberano. En la causa citada en la susodicha obra, se dice que el cardenal fué el fiscal de la causa, pues que siempre le acusó, y que murió el príncipe á consecuencia de una purga misteriosa, suministrada por el *Doctor Olivares* primer médico de cámara que le asistía en su prisión, cuyo médico lo hizo de orden del rey comunicada por el de Silva.

Que la reina murió á los cinco meses de un mal violento, tampoco puede dudarse sin faltarse á la verdad del hecho, y nada tuviera de extraño que otra pócima la acortase la vida: así lo creen los autores franceses y alguno de los españoles, y así se halla impreso en la novela de Amsterdam citada en la que se dice «que la duquesa de Alba, su camarera fué la que la dió el veneno en una medicina de la cual resultó su muerte.» Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que siguió al sepulcro al príncipe á los pocos meses, y que no está muy clara la verdadera causa de su prematuro fin.

En el código Dd. 458 página 47 y 48 de la Biblioteca Nacional se dice: que á fin de evitar juicios temerarios sobre la muerte del príncipe D. Carlos, se pregonó á son de clarín por todo Madrid, de orden de Felipe II, que el que hablase del príncipe y de su muerte públicamente, sería castigado con 100 azotes por mano del verdugo y enviado á remar en las galeras reales. En el mismo se dice: que sobre el sepulcro del príncipe se escribió el siguiente pasquin y cuyo autor no pudo descubrirse apesar de las diligencias practicadas al efecto:

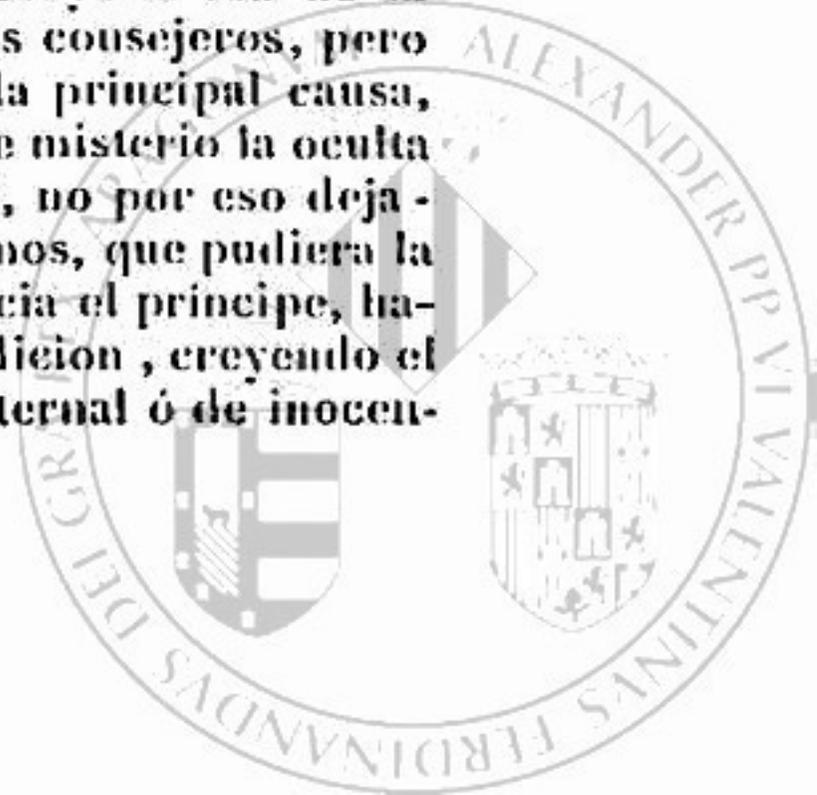


**Aqui yace la verdad  
á quien el padre cruel  
mató, sin enfermedad,  
porque no quedase de él  
sino mentira y maldad.**

Y concluye este documento escrito, segun dice en el reinado de Felipe III, diciendo que era el principe tan amigo de la verdad, que no podia sufrir ni aun ver mas á quien una vez le mintiese.»

En el código de la Biblioteca ya citado, página 56, se halla una relacion escrita por orden de Felipe III por el confesor de Felipe II el P. fray Diego de Yepes, fraile gerónimo que fué obispo de Zaragoza, en la que se declara cuanto hizo y dijo el rey en los últimos dias é instantes de su vida en el dia 15 de setiembre de 1598 en que murió, y aunque en ella se pretende probar por su confesor la santidad del rey, no dejan por eso de vislumbrarse los grandes remordimientos con que la conciencia acosaba á su alma mas fuertes aun que el fanatismo que algunos le achacan.

Estamos convencidos como dijimos al principio, de que la ambicion del principe, y sus deseos de dominar antes de tiempo, fué lo que despertó la venganza en el alma cruel de Felipe II, que desoyó la voz de la naturaleza acosado por sus consejeros, pero si bien tenemos esta por la principal causa, pues el espeso velo de este misterio la oculta á nuestra vista tal cual fué, no por eso dejamos de sospechar, repetimos, que pudiera la compasion de la reina hácia el principe, haber contribuido á su perdicion, creyendo el rey ver en este afecto maternal ó de inocen-



te amistad un crimen mas que le obligasen á acelerar la muerte de un hijo que le estorbaba.

No solamente nosotros hemos tenido esta idea, ya antes, la concibió el señor de Quintana, pues en su panteon del Escorial dice acerca del príncipe y de la reina, levantándo-les del sepulcro lo siguiente:

Levantó el grito la aterrada frente,  
y en medio de la estancia pavorosa  
un jóven se presenta augusto y bello.  
En su lívido cuello  
del nudo atroz que le arrancó la vida  
aun mostraba la huella sanguinosa;  
y una dama á par de él tambien se via,  
que á fuer de astro benigno entre esplendores  
con su hermosura celestial seria  
del mundo todo adoracion y amores.

Y en otra parte pone el poeta en boca del príncipe D. Carlos los siguientes versos dirigidos á su padre.

¿Qué te hicimos? ¡Oh bárbaro! exclamaba;  
Conoces á tus victimas?—Respeta dijo  
el espectro, á quien el ser debiste;  
por el bien del Estado al fin moriste.  
Resignate.

D. CARLOS.

¡Oh hipócrita! La sombra  
de la muerte te oculta, ¿y aun pretendes  
fascinar, engañar? Cuando asolados  
por tu supersticion reinos enteros,  
yo los osé compadecer, tu entonces  
criminal me juzgaste, y al sepulcro  
me hiciste descender, mas si en el pecho  
de un hijo del fanático Felipe  
no pudo sin delito haber clemencia;  
¿cuál fué, responde la secreta culpa



de esta infeliz para morir conmigo?  
Ni su sangre real, ni el ser tu esposa,  
ni su noble candor, ni su hermosura  
de tí pudieron guarecerla.—

Un hondo  
gemido entonces penetró los aires,  
que al desplegar sus lábios dió la triste.

ISABEL.

¡Ay, prorrumpió, de la que nace hermosa!  
que la valdrá que en su virtud confie,  
si la envidia en su daño no reposa,  
y la calumnia hiriéndole se rie?

Yo dí al mundo la paz, paz me nombraron,  
quise al cruel, que se llamó mi esposo,  
un horror impedir, y este es mi crimen:  
pedí por tí con lágrimas: mis ruegos  
cual si de un torpe amor fuesen nacidos  
irritaron su mente ponzoñosa.

La vil sospecha aceleró el castigo,  
y sin salvarte perecí contigo:

¡Ay infeliz de la que nace hermosa!  
Dijo y vertiendo lastimoso llanto,  
en los hombros del jóven reclinada  
sus ojos melancólicos y bellos  
fijaba en él, y la amistad mas viva,  
la mas noble piedad reinaba en ellos.

Entre sus manos frias  
se miraba *la copa envenenada*,  
que terminó sus dias;

y el príncipe en las suyas agitando  
un sangriento dogal, con faz terrible  
á su bárbaro padre atormentaba.

El tirano temblaba: en sordos ecos  
desesperados ayes  
su boca despedía,  
y de sus miembros trémulos  
en convulsiones horribas



brotaba á su despecho la agonía.

. . . . .  
 . . . . .  
 . . . . .

Cesa, cruel, de atormentarme, dijo:  
 tu muerte injusta fué; pero el estado  
 con ella respiró: si tu vivieras,  
 rota la paz, turbada la armonía  
 de un imperio hasta allí quieto y sereno,  
 tu profanáras su inocente seno,  
 con la atroz sedicion, con la heregía.

D. CARLOS.

Mandar, solo mandar, que se estremezca  
 la tierra á vuestro arbitrio, este es el orden,  
 esta la ley con que regis al mundo  
 tu y tus iguales, y el ahogar la vida  
 de las naciones miserables que os sirven  
 dais el nombre de paz al desaliento  
 de la devastacion.

En estos versos de rica y armoniosa poesía, se vé perfectamente delineada nuestra opinion y pintada con sus colores aquella familia de víctimas cuya cabeza fué su verdugo.



